

misma influencia, es muy fácil de practicar en la vida.

Lo que ordinariamente constituye la fuerza de un error es su conexión con la vida desordenada: cuanto más numerosos y fáciles sean los medios de vivir sin trabas suministrados por el llamado libre pensamiento, ó cuanto mejor condense por modo preciso y comprensible la libertad de la vida en frases fáciles de manejar, mayor será su influencia.

En el caso presente, la filosofía es el fruto de una vida desordenada; desde hace mucho tiempo se procede en la práctica como si fuese múltiple la moral, como si hubiese una ley para los niños, otra para los adultos, otra para las personas de calidad, otra para las de baja condición, otra para los artistas, otra para los novicios en el arte, otra para los hombres de letras, otra enteramente distinta para los ignorantes. Hombres muy honrados han creído poder emanciparse, como poetas ó como artistas, de lo que no habrían permitido jamás al hombre en general ni á sí mismos en su vida ordinaria. En toda la antigüedad, el hombre no tenía deberes, la mujer no tenía derechos. Cosas por las que era castigada con la muerte la mujer, no eran siquiera una tacha deshonrosa para el hombre. El padre habría reprendido fuertemente al hijo, que, como él, se hubiera permitido violar la ley moral. Pagar sus deudas, no contraerlas sin necesidad, cumplir puntualmente los deberes de su cargo, era considerado por los antiguos como actos sin nobleza, como una virtud buena, á lo más para gentes limitadas y ordinarias.

Ni pasaban las cosas de otro modo en la Edad Media y en los tiempos modernos. Los que tenían el poder legislativo creían siempre que únicamente los súbditos ó las gentes de baja condición tenían el deber de observarlas. Quien estaba en posesión del poder, no podía representarse el orden social de mejor modo, que reservándose todas las ventajas, y dejando á los demás los gravámenes y los deberes. En la Edad Media, la nobleza degenerada abandonaba á los vasallos el cuidado del hogar y la fide-

dad conyugal; el noble debía distinguirse con más altas hazañas, inaccesibles al hombre vulgar. Matarse según todas las reglas del arte, perseguir la caza por entre las mieses de los campesinos, arriesgar su vida en justas y torneos, embriagar al más célebre bebedor hasta hacerle rodar bajo la mesa, atentar á la inocencia: esas eran las pasiones de los nobles, aun en épocas relativamente mejores. <sup>(1)</sup>

Pero no hay duda en que nuestra época, tan aficionada á hablar con desdén de la Edad Media, no es mejor que ella; los hombres son en todas partes y siempre los mismos. Quien puede faltar á la ley, lo hace; el que no, admira y envidia á quien le es dado infringirla.

La teoría debe resultar necesariamente de esta práctica asidua; cuando el mundo vivió largo tiempo como si hubiese más de una moral, se le ocurrió al fin expresarla y clasificarla en fórmulas científicas.

En todo tiempo existió la práctica mucho antes que la teoría; se vive desde luego libremente, después se piensa libremente también. Si la ley de Dios no prohibiese la vida licenciosa, á nadie se le ocurriría pensar libremente; la contradicción del Cristianismo y de la conciencia hace de los libertinos librepensadores. Después de haber adoptado una vida, que la fe prohíbe, se acaba por claudicar en la fe. Cuando alguien se obstina en una conducta que no se atreve á confesar delante de Dios, acaba pronto por desear que no haya Dios á quien deba dar cuenta. <sup>(2)</sup> Es raro que la inteligencia eche á perder el corazón; pero sería difícil contar cuantas veces el corazón corrompido hace á la cabeza su cómplice.

**8. Su desenvolvimiento en filosofía.**—También en nuestra cuestión la teoría da pruebas de ser el resultado de una vida practicada durante largo tiempo. No hay duda en que la antigüedad poseía ya materiales utilizables para este fin. Carneades, que conocemos bastante, sabía

(1) Knecht Heinrich, *Von des tôdes gehugde*, 350 y sig.

(2) Cicerón, *Tuscul.*, 1, 13.

atraerse muy especialmente el favor de la joven aristocracia de Roma enseñándole que el genio, ó como entonces se decía, el sabio, obra conforme á una moral que le es propia, pues bondad y sabiduría son palabras que no suelen estar de acuerdo nunca. <sup>(1)</sup> Teodoro el ateo enseñaba también que el sabio podía, sin escrúpulo alguno, permitirse el robo, el saqueo de los templos, y cosas peores aún, pues su inteligencia superior le ponía muy por encima de las preocupaciones idiotas de un pueblo estúpido. Las consecuencias que deducía eran tales, que á lo más se las puede leer en griego; en nuestro idioma es imposible. <sup>(2)</sup>

Pero debe decirse en honra de la antigüedad que esos principios abominables sólo aisladamente aparecieron, y que no llegaron á formar escuela; la religión pagana era, en efecto, muy tolerante, y no oponiéndose á la vida licenciosa, tampoco llevaba los espíritus audaces á la necesidad de fundar una propia moral libre.

Todo cambió con la aparición del Cristianismo; encontramos entonces entre las diferentes sectas gnósticas muchas doctrinas pertenecientes á la filosofía de la doble moral. Basilides, jefe de una de las más odiosas herejías, dice que los hombres escogidos y perfectos, los llamados ahora genios, están por encima de las leyes morales ordinarias; dejaba éstas al vulgo, ó como dice en su lenguaje de genio, á los puercos y á los perros. <sup>(3)</sup> Valentín, el más ingenioso, pero también el menos reservado entre los antiguos doctores del error, se emancipa en lo que le concierne, y exime á sus semejantes, los hombres de genio, de la obligación de practicar buenas obras. Pueden hacer lo que les plazca, sin que sufran más perjuicio que el oro en el barro, porque son demasiado superiores para que hayan de sufrir en nada perjuicio. <sup>(4)</sup>

Era ya un paso importante hacia la enseñanza actual

(1) Cicerón, *Republ.*, 3, 20. Lactanc., *Instit.*, 5, 16.

(2) Diogen. Laert., 2, 8, 99, 100.

(3) Iren., 1, 24, 5. Epifan., *Hæres.*, 24, 3 y sig.

(4) Iren., 3, 15, 2. Tertull., *Valent.*, 30. Epifan., *loc. cit.*, 31, 20.

respecto al genio; en aquella época, sin embargo, los tiempos no estaban aún bastante maduros para hacer la propaganda entre el pueblo. Todavía en la época de la Reforma, cuando ya empezó á manifestarse de nuevo, las muchedumbres la repugnaban y manifestaban el disgusto que le causaban dando á sus secuaces los nombres de antinomistas, de fanáticos exaltados y de libertinos.

Montaigne y Charron introdujeron la doctrina de la doble moral en mayor número de inteligencias, pudiendo ser considerados como los creadores propiamente dichos de esta enseñanza. Desde esa época, pasó á la manera de pensar y de obrar de los tiempos modernos como un derecho humano, y como una ley fundamental de la moral y de la educación pública. Nadie, se dice ahora conforme á la doctrina de Montaigne, puede sin injusticia juzgar á los grandes y á los pequeños según la misma ley mezquina; hay que conceder á los espíritus notables el mismo privilegio que á los directores de la vida pública, ó en otros términos, emanciparlos de las embarazosas trabas de la pequeña moral. Cuando, por exigencia de las circunstancias en que se precipitó un genio, se ve obligado á servirse de malos medios, hay que cerrar los ojos respecto de ello, como se haría tratándose de un hombre de Estado ó de un político. <sup>(1)</sup> Prohibirle eso, dice Schiller, sería cruel, contra naturaleza, é imposible; pues jamás el genio, con su desbordada fantasía, se deja poner trabas por la religión y la moral. Tiene el caso aplicación especial al arte y á la literatura, debiendo admitirse que la estética y la moral mutuamente se embarazan, y que cuanto más moral es un objeto, menos efecto estético produce. <sup>(2)</sup> Quien no separe la teoría y la práctica, el conocimiento y la acción, puede ser un hombre excelente, según Schopenhauer, y un verdadero cristiano, pero no es filósofo, ni lo será jamás. Que deje, pues, en paz á nuestros filósofos. <sup>(3)</sup>

(1) Montaigne, *Essais*, 3, 1, 2; 2, 23; 3, 12, 13. Vorländer, *Geschichte der philosoph. Moral der Engländer und Franzosen*, 182 y sig. *Ibid.*, Charron, 197.

(2) Schiller, *Ueber das Pathetische*, (Stuttgart 1836), XI, 502, 508.

(3) Janssen, *Zeit und Lebensbilder*, (3) 226.

De ese modo se encontró finalmente la consigna y la palabra regeneradora del espíritu moderno. Importa siempre en la historia averiguar esa palabra. Desde hace siglos, el mundo lucha por realizar un pensamiento, pero en vano. Ese pensamiento está en todos los espíritus, en todos los labios, pero no produce bien su efecto; le falta la verdadera expresión. Por fin se encuentra, y en el momento mismo, el mundo le pertenece. Lo mismo sucede en esto; desde hacía mucho tiempo, el mundo buscaba una fórmula para expresar breve y claramente que el hombre instruido, el espíritu libre, no necesita inquietarse, ni en teoría ni en la práctica, por las leyes de la moral. Unas veces se decía con los estoicos: El hombre honrado practica la virtud únicamente por ella misma; otras veces, los escritores de estética exclamaban que un espíritu artístico no conoce más que un precepto, el de la belleza, el arte por el arte, lo bello por lo bello. El principio mejor acogido fué el de Lessing: Hacer investigaciones por amor á las investigaciones mismas. Todas estas eran sin duda consignas útiles para algo, pero la consigna decisiva, la que había de decirlo todo, no era posible encontrarla. Por fin Kant dió un paso que hizo mucha luz en la cuestión: En este mundo, dijo, el hombre es la única persona, por consiguiente el solo fin de sí mismo, y el único objeto con que se relacionan todos sus deberes: <sup>(1)</sup> de donde Fichte dedujo que el yo es el centro y la única materia de nuestro pensamiento. La vida, la realidad fuera de nosotros, en modo alguno nos conciernen; cuanto está fuera de nosotros, no es más que un puro nada, y aunque nos dedicásemos á la vida, ésta no tendría valor alguno para los pensadores. <sup>(2)</sup>

**9. Su desenvolvimiento completo.**—Entonces nació la enseñanza del genio; á partir de ese momento, en que el yo fué declarado centro de la filosofía, de la ética, de la vida y aún de la religión, y es curioso que ocurría eso en

(1) Kuno Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, (1860), IV, 246.

(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, III, 1, 695-697.

tiempo de la revolución francesa, el Humanismo alcanzaba su perfección, emancipando al espíritu autónomo de toda consideración á la conciencia, á la ley, y á Dios. No solo estaba emancipado de Dios, sino que él mismo era un dios á sus propios ojos.

Á juzgar por la época, se ve cómo ella se complacía en ese pensamiento; desde entonces hay en la sociedad humanista una arrogancia, que en vano se buscaría en el paganismo. Resumamos la doctrina que Federico Schlegel proclamó en su famosa *Lucinda*, el Corán de la enseñanza del genio.

«Sólo son verdaderos hombres, dice, el genio, el filósofo, el artista, el poeta; por su boca habla la divinidad; ellos son los verdaderos religiosos y los verdaderos sacerdotes. La virtud es la genialidad, y ésta, la virtud. El hombre de genio, el hombre instruido, tiene ante la moral una actitud muy diversa de la del hombre vulgar, grosero, sencillo, prosaico. No hay duda en que éste, el hombre de todos los días, mercancía de fabricación ordinaria de la naturaleza, está sujeto á esa ley.

Sin talento, como el vil populacho, según la grosera expresión de Schopenhauer, <sup>(1)</sup> no se encontrará jamás, ni podrá nunca elevarse por encima del trabajo, del deber y de la gramática de la virtud; pero el hombre de genio, la naturaleza privilegiada, es el poeta, y no hay derecho para suprimirle algo de sus libertades poéticas. Los genios son los héroes del arte como de la virtud. Hace ya mucho que pasaron del *a, b, c* de ésta. El hombre de genio no está sujeto al deber; está exento de trabajar: goces y ociosidad divinos constituyan toda su vida como la de los dioses de Grecia. Para él las leyes morales no son en definitiva más que fichas cuyo valor él mismo determina, y esa transgresión de las leyes todas es precisamente lo que para él constituye la moral propiamente dicha. El genio desprecia por convicción lo que el pueblo considera como moral.

(1) Zeller, *Gesch. der deutschen Philosoph.*, 889. Haym, *Schopenhauer*, 75.

Para hablar con Hardenberg, el hombre de genio hace de propósito lo que el hombre vulgar, sin talento, con sus matrimonios, sus bautismos y sus iglesias, <sup>(1)</sup> evita en su preocupación estúpida, cometer como pecado. Los prejuicios ordinarios de moral y de matrimonio no le inquietan ni un minuto; no en balde se ha convencido de que es dios. Si, pues, tiene conciencia de su fuerza divina, lícito le es no ver en todo más que un juego del yo, y necesita romper todas las barreras, porque no sufre cadenas lo divino que hay en él. Cuanto más sin cortapisa vive y más pisotea lo que es sagrado para el hombre vulgar, mejor demuestra de ese modo su respeto hacia lo divino que en él vive. No puede menos de compadecer á las gentes sencillas que quieren hacer pasar eso por ateísmo; porque sabe precisamente que su manera de obrar es la única verdadera religión.

Pero quien muestra disposiciones para esta religión del genio, debe ser iniciado, especialmente si es mujer. El genio no tiene derecho á convertirla en esclava como hasta ahora se hizo: la mujer, lo mismo que el hombre, debe hacerse superior á las rancias preocupaciones de bien y de mal; únicamente la estupidez y la malicia pueden inspirar á los hombres la idea de exigir á las mujeres la inocencia, que en definitiva proviene de falta de educación. Esa insensata exigencia debe producir en la mujer la gazmoñería y la hipocresía, es decir, obligarla á darse apariencias de inocencia sin tenerla. <sup>(2)</sup> También la mujer tiene derecho á la libertad y á la instrucción, á la religión y á la moral; también tiene derecho á elevarse hasta la categoría del genio, si comprende esa elevada misión: en otros términos, tiene derecho á pisotear la moral ordinaria de la humanidad vulgar, y á procurar el triunfo de ese nuevo concepto heroico de la vida». <sup>(3)</sup>

Federico Schlegel reparó la falta cometida en tan terri-

(1) Schlosser, *Gesch. des XVIII Jahrhundert.*, (3) VII, 1, 73.

(2) Erdmann, *Gesch. der neuern Philosophie*, III, 1, 688-695.

(3) Haym., *loc. cit.*, 523.

ble escándalo, y volvió á la sana razón, á las costumbres honradas y á la religión verdadera, entrando en el seno de la Iglesia católica; pero es más fácil escandalizar que reparar el mal causado por el escándalo; otros se apoderaron de la horrible doctrina que había proclamado.

Schleiermacher la explanó con entusiasmo. Después de haber explayado su genio en un folleto sobre la «inmoralidad de toda moral», publicó sus cartas acerca de Lucinda; en esas cartas, capaces de erizar los cabellos, no solo celebra esa doctrina como poética, sino también como religiosa y moral, como la base de una moral elevadísima. <sup>(1)</sup> Lo que la hace tan eminentemente moral es precisamente que exige la liberación de todo límite y de todo prejuicio para sí misma y para todos; <sup>(2)</sup> y nuestra época ha producido hombres que, aun en los extravíos de Schleiermacher, encuentran el medio de admirar cierta gravedad moral, hombres que hacen nuevas ediciones de Lucinda, y continúan su obra. También hay mujeres que han creído honrar su sexo enseñándole á proceder como Eloisa y Lucinda.

Nuestros historiadores de la civilización y de la literatura manifiestan una cólera sorprendente contra gran número de esos pretendidos genios; sin embargo, hablando con franqueza, no podemos convencernos por completo de que responda á la verdad ese odio contra Strauss, Feuerbach y Schopenhauer, contra todo el romanticismo y contra la Joven Alemania, odio públicamente manifestado por muchos que en el fondo profesan la misma doctrina. Nadie odia su propia carne y su propia sangre; este descontento se explica fácilmente, porque esos hombres considerados dejan ver al exterior lo que aprendieron en su escuela. Por eso Carrière no les hace, propiamente hablando, más reproche que haber divulgado el panteísmo de

(1) *Aus Schleiermachers Leben in Briefen*, (1860), I, 540. En Janssen, *Zeit und Lebensbilder*, (3), 158.

(2) Gass, in *Hersogs Real-Encyklop. für protestant. Theologie und Kirche*, (1) XIII, 743.

Hegel y de Schleiermacher, que era el secreto público de los grandes espíritus; <sup>(1)</sup> pero Erdmann, Gervinus, Gottschall, confiesan que Schlegel y sus prosélitos no querían decir otra cosa más que lo que Kant y Fichte entendían ser la potencia ilimitada de la determinación personal. <sup>(2)</sup>

Y así es en efecto. Los cerebros exaltados y los espíritus ligeros que aparecieron sucesivamente después, comenzando por Grabbe y Börne hasta Nietzsche y sus insulsos admiradores, emitieron doctrinas de naturaleza á propósito para inquietar al mundo; sin embargo, no hicieron más que repetir con mayor claridad lo que la enseñanza de Kant sobre la autonomía pretendió de un modo disimulado y oscuro. Tiene esto aplicación muy especial al hombre más notable de esa escuela, á Max Stirner, quien abrió camino á Nietzsche. Su libro *Der Einzige und sein Eigenthum* es una obra demasiado preciosa, y querríamos saber cómo podría nadie negar la frase de Hartmann de que es la única aplicación justa de los principios de Fichte. <sup>(3)</sup>

Según éste, cada uno es un yo para sí; cada uno ignora á los demás que están fuera de él, excepto él mismo. No hay duda en que esto es inconsecuente. Si soy un yo, y si como tal, tengo derecho á exigir consideraciones por parte de cualquiera otro individuo, entonces cualquiera que esté fuera de mí tiene el mismo derecho á exigir que respete en él su yo. En ese caso, es mejor y más sincero decir como Stirner: «No soy un yo al lado de los otros yo; sino que soy el único yo. En esta cualidad, reivindico todo cuanto hay en el mundo como perteneciéndome. En ningún caso este único, este yo, puede ser en el mundo á fin de vivir para otros ó para ejercer una profesión. Amo á los otros hombres, es cierto, pero los amo como un egoís-

(1) Carrière, *Die Kunst in Zusammenhang der Culturentwicklung*, (1), V, 621.

(2) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, 1, 695 y sig. Gervinus, *Deutsche Dichtung* (4), V, 533. Rud. Gottschall, *Deutsche nationalliteratur* (2), I, 177.

(3) Hartmann, *Phænomenologie des sittl. Bewusstseins*, 403, 804.

ta, simplemente porque el amor me hace feliz, simplemente porque eso me agrada. El amor no es un precepto; además, para el individuo no existe precepto alguno. Como cada uno de mis sentimientos, el amor es mi propiedad única. Todo amor, al que esté ligada la más pequeña sombra de obligaciones, debería ser más bien llamado verdadera obsesión. Este único debe ser libre y propiedad de sí mismo; pero no se pertenece en propiedad, sino en el caso de que nada tenga poder sobre él, ni Dios, ni el Estado, ni la Iglesia, ni la autoridad, ni la ley. Mi propiedad es mi fuerza. Yo mismo soy mi poder. Mis relaciones con el mundo consisten en que yo use de él para mi agrado. También el espíritu, como propiedad mía, debe descender á ser un material en que no haya nada que provoque en mí un respeto sagrado. Ningún pensamiento es sagrado para mí, ninguna creencia santa. Todo lo santo es para mí una cadena. Toda verdad carece de valor en sí misma. No conozco verdad superior á mí, ninguna verdad que hubiere de servirme como de norma de conducta: para mí no hay verdad, porque nada me es superior. <sup>(1)</sup> ¡Poco me importa si lo que pienso es ó no cristiano! Ni siquiera me inquieta el que sea humano y liberal ó inhumano; con tal que llegue al fin que me propongo, con tal que en ello encuentre mi satisfacción, dadme el epíteto que queráis; me es igual. Yo no sirvo á ninguna idea; no sirvo á ningún ser más elevado, no sirvo á ningún hombre en todos los casos sólo me pertenezco á mí mismo». <sup>(2)</sup>

10. Sentido y alcance de la doctrina del genio, límite del Humanismo.—No hay duda en que con tales palabras, el poder humano alcanzó sus últimos límites; desde entonces, en efecto, el Humanismo nada ha producido más extremado. Pero cuando se hace una pausa en el movimiento, pueden comprenderse su significación y su alcance. Inútil sería hacer más investigaciones acerca de la enseñanza del genio, pues cuanto hemos dicho prueba

(1) Max Stirner, *Der Einzige und sein Eigenthum*, 284, 474 y sig. 478.

(2) *Ibid.*, 478.